

# España y Europa, hoy

**DOMINGO DE LA LASTRA VALDOR**  
ARQUITECTO

**S**iempre he pensado que si España no existiera habría que inventarla, sería una propuesta ilusionante y ejemplar. Resulta apasionante que un conglomerado cultural tan diverso y rico, que tiene la oportunidad de disponer de una lengua común para relacionarse, se junte para administrarse de manera coordinada, solidaria y colaboradora. Una lengua común no es una casualidad, inevitablemente representa una historia común para que haya podido suceder, y a la vez su propia existencia es causa de una historia en común.

Crear hoy España sería un acto ejemplar de civilización y capacidad de convivencia, que diría mucho de quienes allí habitaran, de su apertura de miras, su sentir universal y orgullo de vecindad con lo diverso como parte de su propia identidad.

Si se analiza la biografía a la que se asoma cualquier joven europeo, circunstancia en la que todos, nacionalistas o no, estamos inscritos, son personas que se forman para ser bilingües, al menos; A los 12 o 14 años, sino antes, les han mandado a campamentos o cursos de inglés al Reino Unido; En su instituto hacen intercambios con otros institutos de Europa, y alumnos y profesores van y vienen para conocerse mutuamente; Cuando tienen 16 o 18 años quieren escaparse con sus amigos a la aventura de viajar juntos; En la universidad solicitan una beca Erasmus, una de las más trascendentes iniciativas europeas en las últimas décadas, para estudiar un año en otra universidad. A la vez, otros estudiantes extranjeros vendrán a convivir con ellos en clase. Cuando acaben la carrera querrán hacer su master en una prestigiosa universidad europea, Estados Unidos o Canadá, donde son punteros en la disciplina que les interesa. Ahora que son jóvenes, les puede interesar iniciar su actividad profesional en el extranjero para disfrutar la aventura de vivir y trabajar en otro país, o quizás porque es más fácil encontrar un primer trabajo allí.

Entre experiencias, estancias y amistades internacionales, quizás tengan pareja de otra nacionalidad, o se labre un futuro profesional en otro país, o quizás descubre el lugar donde realmente quiere quedarse a vivir. En este escenario, hemos de reconocer que su horizonte profesional y personal es, al menos, Europa, o puede que mucho más amplio.

Europa representa el perímetro en que nuestros derechos están perfectamente garantizados y respetados, no olvidemos que la definición de ciudadano se concreta en los derechos y deberes que le acompañan. Fuera de este ámbito la cosa no está tan clara, o simplemente no está. La naturalidad con que enviamos a nuestros hijos a estudiar o recorrer Europa, en la confianza que su per-

sona será plenamente respetada y sus derechos velados, sin discriminación por el hecho de ser extranjero, es algo que hemos de valorar como se merece.

En estas circunstancias, la de nuestros hijos y nietos, al ciudadano contemporáneo le sobran las fronteras, y Europa representa el ámbito de civilización donde este acuerdo se ha conseguido de manera ordenada y amistosa. El fin es poder ir de un lugar a otro sin perder por el camino sus conquistas sociales y personales, y que en cualquier lugar se reconozcan sus capacidades. Por ello, cualquier nacionalismo supone un paso atrás que resulta completamente anacrónico. Por todas estas razones el 'Brexit' británico resulta una tontería, respaldada por las personas de más edad, es decir las que les queda menos biografía, y por quienes por circunstancias personales tienen menos necesidad de salir de su terruño.

A estas alturas de la película dividir la entidad España, así como dividir Europa, resulta una torpeza de anti convivencia, por mucho que lo quieran disfrazar de intereses económicos. Si hay discrepancias eco-

nómicas, se discuten, pero no creas un nuevo país. Todos sabemos que la manera más eficaz de evitar conflictos es dividir a cada uno con lo suyo, pero por el camino se pierde todo lo que es posible alcanzar con una gestión en común.

Al ciudadano contemporáneo le sobran las patrias y las banderas. Como la religión, la patria es algo que se ha de mantener dentro del ámbito estrictamente cultural y privado, nunca como argumento sobre el que sostener una relación social, la experiencia nos avisa que lleva al absurdo y a lo irracional. Han sido necesarios miles de años y muchos conflictos, hasta llegar a reconocer la necesidad de separar ambas cuestiones, religión y estado. Hoy cabe reconocer la evidente necesidad de separar patria y estado.

Las naciones contemporáneas quedan, a la espera de una posibilidad mejor, como una inevitable necesidad de gestión racional y razonable de las sociedades, que aprovechan estructuras culturales, lingüísticas, históricas o geográficas, para sostener la coexistencia y facilitar su administración. La condición irracional, por ser instintiva, que sostiene todo concepto nacionalista, entorpece el ejercicio razonado de los derechos ciudadanos, y la razón en general. Como dice Fernando Savater, todos los nacionalismos son malos, lo que hay son casos leves o graves.

España, hoy, resulta el concepto más civilizado y contemporáneo al que como sociedad podemos aspirar, y lo más libre de barreras y lleno de amistad y confianza que nos es posible mantener. A partir de ahí, podemos ir cortando el pastel hasta hacer de cada comarca una isla, eso sí, todos europeos, pero todos egoístas.

«A estas alturas de la película dividir la entidad España así como dividir Europa, resulta una torpeza de anti convivencia, por mucho que lo quieran disfrazar de intereses económicos»

**NÉSTOR**

